

LA PREDELLA DE LOS EVANGELISTAS DEL MUSEO CATEDRALICIO DE SEGORBE

-Ramón Rodríguez Culebras-

En esta sección intentemos presentar número tras número de nuestra publicación, alguna obra de arte a destacar por su relevancia o porque haya sido objeto de atención e interés de algún modo o por algún motivo. Nuestra comarca, a pesar de las expoliaciones, las destrucciones o cualquiera de los variados avatares que mermaron su patrimonio, es aún, afortunadamente, muy rica y pródiga en importantes ejemplos.

Pero no solo obras de arte del pasado serán objeto de propuesta y presentación para su conocimiento y estima por parte de los lectores e interesados, sino también algún edificio notable y característico de la comarca. Y, por supuesto, acontecimientos de interés artístico relacionados con el arte nuevo o el de otras épocas que puedan tener lugar en el ámbito comarcal o en los de otro ámbito en los que hubiere presencia destacada del patrimonio artístico de nuestros pueblos.

Que se haya elegido para iniciar esta sección una obra perteneciente al Museo Catedralicio de Segorbe, pienso que tiene su justificación. Ante todo cabe recordar que este museo de la Catedral, de la Comarca del Alto Palancia y Alto Mijares es uno de los más importantes museos de la Comunidad Valenciana, rico especialmente en pintura gótica y renacentista valenciana, en orfebrería, en tejidos y bordados y en otros variados objetos, fundamentalmente religiosos. En segundo lugar, se trata de una obra muy destacable, digna de incluirse en cualquier museo, aunque no se halle entre las más conocidas. Y, por último, ha sido recientemente restaurada en Madrid por el I.C.R.O.A. (Instituto para la Conservación y Restauración de Obras de Arte), denominación actual del anterior Instituto Nacional de Restauración, dependiente del Ministerio de Cultura.

En el mismo centro y por cuenta de la Dirección General de Patrimonio del Ministerio y de la Generalitat Valenciana ha sido restaurada una obra de Vicente Macip y se hallan ahora en



proceso de restauración dos casullas con brocados, brocatel, terciopelo y bordados correspondientes a comienzos del siglo XV.

La obra que se presenta es una *predella* o parte baja de un retablo. Corresponde a las prostrimerías del siglo XV y es lo único conservado del retablo al que perteneció.

No se ha escrito mucho sobre esta obra. A ella se refiere Post en su conocida "Historia de la Pintura Española", atribuyéndola o aproximándola a Martín Torner, pintor al que se atribuye por razones estilísticas el gran Retablo de la Virgen. Más recientemente, aunque en breve referencia, la cita también Ximo Company (La Pintura Hispano-flamenca, Valencia, 1990, p. 107, fig. 53), quien resume: "En qualsevol cas aquesta predella conforma un excellent tros de pintura hispano-flamenca executada al País Valencià cap a finals del segle XV".

El estado de conservación no era de grave deterioro. Pero se hallaba muy sucia, reseca la pintura y cristalizados y en color ámbar los barnices; llevaba abundantísimas gotas de cera reseca, no solo en la capa pictórica, sino también en los montantes de madera dorada. Con motivo de los trasiegos en la guerra civil de 1936 y su devolución a los fondos de la Catedral había sufrido diversos desconchados en sentido horizontal en el panel central, a la altura de los ojos del Cristo y de la Virgen, así como de un nudo de la madera cercano al hombro de María. Los documentos gráficos de Archivo Mas anteriores a esa fecha demuestran que esos daños aún no existían entonces. La documentación gráfica que aportamos para estas notas es también anterior a la restauración de 1993-94.

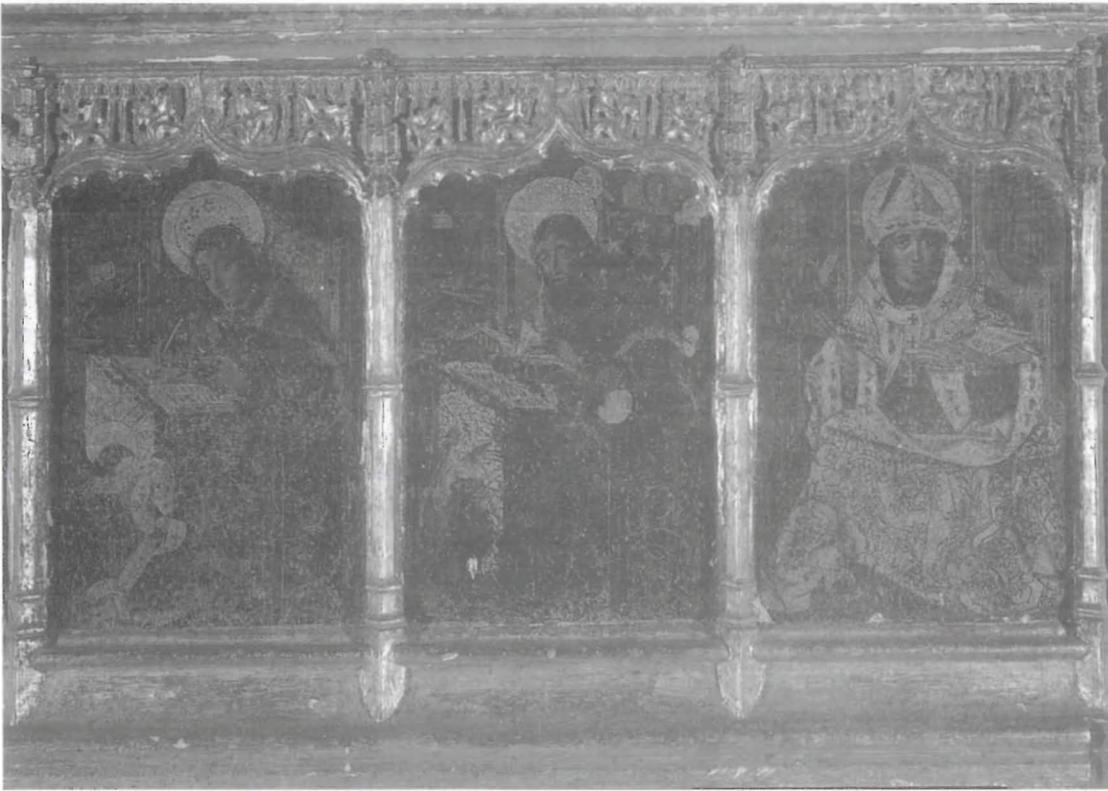


Como descripción complementaria y análisis de esta notable predella vale básicamente lo que escribí en 1988 (Museo Catedralicio de Segorbe, Valencia, 1988, pp. 84-85).

Se ignora la procedencia y ninguna noticia documental he hallado hasta ahora del retablo al que pudo pertenecer. En cualquier caso, un retablo de gran tamaño, grandioso, espectacular y de gran valía, si correspondía al mismo autor y características que la parte conservada y si a esta hemos de atenernos. Seguramente, una vez más ha de indicarse, correspondería a alguna de las capillas de la catedral, del claustro o de la capilla del Salvador de los que suele hacer referencia, pero sin especificaciones de características o descripciones.

Se ha supuesto en algún caso que habría pertenecido al desmontado retablo de la Virgen. En verdad son obras coetáneas, pero indudablemente de mano distinta. Por lo demás, tampoco se corresponden por dimensiones, como demuestra su actual ubicación bajo dicho retablo en la capilla del Salvador. Antes estuvo en esta misma capilla como base de las tablas existentes del Retablo de la Santa Cena.

Según es habitual en el período del gótico tardío, lleva en el centro la Pietá como trasposición de la tradicional *Imagen de Piedad* o *Cristo Varón de Dolor*. Cristo, sentado sobre el sepulcro, con las manos cruzadas sobre el pecho, acompañado y sostenido por la Madre. En los seis compartimentos restantes van representados los Evangelistas, San Juan Bautista y San Nicolás, este último en el panel extremo de la derecha, mien-



tras que el Bautista se halla en el interior de la izquierda, enfrentado a San Juan Evangelista e inmediatos ambos al de la Pietá. Van sentados en trono o en amplio sillón de época, excepto San Juan Bautista que se halla sentado en el suelo, en paisaje abierto, con fondo de edificios y árboles; San Nicolás, en posición frontal, mientras las restantes figuras lo están a tres tercios de perfil y vueltas hacia el centro de la predella. A los Evangelistas acompañan elementos de escritorio y se representan en actitud de escribir o de leer. Envueltos en amplios ropajes o capas de brocado, con muros, ventanales o el propio trono como fondo, los personajes están tratados con volumen y corporeidad, solemnes y monumentales. El colorido sóbrio y los tonos predominantemente subidos y oscuros acentúan esta austera monumentalidad del conjunto. El dominio de los blancos plomizos y la maestría de los pliegues aparecen muy destacados en el paño de pureza de Cristo, mientras el cuerpo de éste y los rostros de alguna figuras, como San Nicolás o San Juan Evangelista, marcan bien el concepto corpóreo y el volumen de que el autor hace gala. Viene todo ello avalado por un concepto ambiental de la luz con algunos toque de sombras en los rostros, paisajes o elementos arquitectónicos que arropan a los personajes. Hay presente una decidida "concepción cerrada y plástica de las formas", dentro de una impronta flamenca fuertemente hispanizada pero bastante ajena, en general, a la coetánea pintura valenciana, salvo quizá el caso de Osona. Todo ello implica, eso sí, un paulatino abandono de las formas típicas de tradición gótica, hacia un mayor patetismo, no tanto de gestos, cuanto emanante de la propia forma interior de los personajes, un nuevo sentido del espacio y de la corporeidad y una plenitud de formas que suponen claros avances hacia el renacimiento y la nueva concepción de la pintura.

Es indudable la relación de esta obra con otras del último decenio del siglo XV, tanto valencianas como aragonesas, en las cuales se percibe, en mayor o menor grado según los casos, además del influjo flamenco, la huella de los Osona y en casos como este, la del gran pintor Bartolomé Bermejo.

Por lo que a éste último se refiere, y en relación con la presente obra, conocida es la actividad y el paso del pintor de Valencia, aunque está por analizarse detenidamente el peso y la trascendencia de su huella, así como la ejercida en Aragón (Zaragoza, Daroca) y Barcelona. En Daroca existen obras hasta cierto punto parangonables con esta de Segorbe, entre las cuales una predella con figuras de obispos sentados, en posiciones semejantes, así como Santa Catalina y San Onofre, que se atribuye a Bermejo, aunque caben reservas respecto a la atribución. Es obra menos evolucionada y de grandeza y monumentalidad inferiores a las que presenta la predella del Museo Catedralicio de Segorbe. En definitiva, esta obra, de difícil atribución por ahora, podemos adscribir-la a un desconocido pintor finisecular fuertemente influenciado por el arte de Bartolomé Bermejo, con reflejos del arte de los Osona en el que se halla muy presente el espíritu del arte flamenco que alcanza notables cotas de calidad.